César Ruiz Sanjuán

editor

Perspectivas del populismo

CENALTES Ediciones

Cruces Colectivos

RUIZ SANJUÁN, CÉSAR. *Perspectivas del populismo*. CENALTES ediciones. Viña del Mar, 2019

Colección: Cruces Colectivos

Diseño y diagramación: CENALTES Ediciones
Fotografía de portada: intervención fotográfica de la obra "Who needs poetry?", Anónima, capturada en el café San Isidro, Barrio Santa Lucía, Santiago
Coordinación proyecto editorial: Martín Ríos López

© Los autores, 2019
Primera Edición, CENALTES, Viña del Mar, Agosto 2019
Algunos Derechos Reservados
CENALTES Ediciones LTDA
Viña del Mar, Chile
http://www.cenaltesediciones.cl
ediciones@cenaltes.cl

Este libro, se distribuye en formato PDF, bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivar 4.0 Internacional

Se autoriza la reproducción y distribución gratuita de su contenido en formato digital
Cualquier versión impresa de esta obra cuenta con derechos comerciales de CENALTES Ediciones

ISBN: 978-956-9522-19-2
DOI: 10.5281/zenodo.3233058
Printed by Estugraf, Madrid

Índice

Prólogo 11

Una guía de lectura de *La razón populista* de Ernesto Laclau: antecedentes y problemáticas
DARÍO ADOLFO BARBOZA MARTÍNEZ 15

Hegemonía, significante vacío y goce: de Laclau/Mouffe a Lacan
FRANCISCO CONDE SOTO 45

En el nombre del pueblo. La proclamación o encarnación de la soberanía popular
SARA FERREIRO LAGO 57

Ideología y sociedad imposible: algunas implicaciones de la teoría del discurso en la resignificación del concepto de ideología
ANXO GARRIDO 73

Temas populistas en el republicanismo de Maquiavelo y Rousseau
MARCELLO GISONDI 85

Masas, gente y opinión pública en la obra de Ortega y Gasset
RODOLFO GUTIÉRREZ SIMÓN 119

Žižek y el populismo
Luis Mario Lozano Martín 133

Desbrozando al pueblo de clases y populismos. Vías de liberación desde nos-Otras (las víctimas)
Jairo Marcos 153

Populismo y religión: las posibles modalidades de relación vistas desde la teoría política
Rafael Martínez Rivas 167

El revisionismo histórico populista en Argentina (2003-2015): Metodología y discurso anti hispanista
Mauricio Meglioli 193

¿Qué es esa cosa llamada "neoliberalismo"?
Santiago Navajas 229

¿*Vox populi* es *vox Dei*?
Roberto Navarrete Alonso 249

Cómo conjugar ruptura e institución. Dificultades en la recepción del concepto de populismo de Laclau en el ámbito académico español
Javier Gastón Noble Antas 275

El ambiguo concepto de "democracia" de Carl Schmitt: entre populismo y totalitarismo
Clara Ramas 287

Estrategia populista en Lombardo Toledano: el momento cardenista en México
Celia Alejandra Ramírez Santos..... 317

Con el viento a favor: razón y populismo
José Luis Romero 337

Poder democrático, pueblo y representatividad según Weber
Julia Urabayen 365

Desbrozando al pueblo de clases y populismos.
Vías de liberación desde nos-Otras (las víctimas)

Jairo Marcos

Una cuestión clave y todavía pendiente de la filosofía política contemporánea consiste en distinguir entre lo populista y lo popular, reflexión que condensa el interrogante: ¿qué es el pueblo? La profundidad de dicho concepto funda los términos de "populismo" y "popular", siendo el primero su apariencia fetichizada y el segundo, su incidencia no distorsionada (aunque con frecuencia vilipendiada y ninguneada) en el campo ontológico de la política.

El pueblo atraviesa en todo caso una doble crisis de identificación (y consecuente legitimidad), con dos confusiones habituales. Por un lado, no hay que definirlo como la mera comunidad política, como ese todo indiferenciado de la ciudadanía de un Estado, sujeta a derechos y deberes. El pueblo no se reduce a dicha comunidad política, pero se origina precisamente en el momento en el que ésta se abre *más allá*. Sólo cuando esto sucede, cuando la comunidad política no se identifica con el ejercicio fetichizado del poder ni con su legitimación a través de las papeletas, cuando el bloque hegemónico deja de constituir una *clase dirigente* (Gramsci), aparece el pueblo. Éste sería entonces una *experiencia* colectiva que se manifiesta en los procesos críticos de hegemonía y, por

tanto, de legitimidad, cuando las necesidades materiales (comida, sed, abrigo) de la población alcanzan una insatisfacción insoportable, lo que favorece la emergencia de diferentes vías de escape que sirven como catalizador, desde singularidades carismáticas hasta movimientos sociales, pasando por toda una gradación de vanguardias y retaguardias, cuya expresión se va construyendo en torno a nuevos proyectos, que incluyen progresivamente reivindicaciones políticas, articuladas desde necesidades vitales (dignidad, justicia, derechos).

El pueblo puede transitar durante años dentro de un estado de obediencia pasiva. Hasta que toma conciencia de ser pueblo y abandona su perfil cómplice, entrando en una actitud de rebelión. Pueblo sería a partir de ese instante la acción colectiva que se manifiesta en momentos de crisis humana. Una especie de *consenso débil* (no-fundamento sino fuente, Vattimo) y *analéctico* (más allá, siempre abierto, Dussel) que incluye progresivamente reivindicaciones de justicia, articuladas desde las necesidades de la *sociología de las ausencias* (De Sousa Santos). Conjugar este despertar no obliga a construir un discurso político desde una imagen personalista que, a través de los medios y las redes, permee las conciencias, sino a "dedicarse con todas las fuerzas a (…) comprender (…) que no hay demiurgo porque no hay hombre ilustre y responsable de todo" (Fanon, 2014: 180). Nadie posee la verdad, ni el dirigente ni tampoco la militancia, pues la verdad ni se tiene ni se conquista, sino que se elabora colectivamente, hasta alcanzar consensos siempre abiertos de verdades débiles (Vattimo). No hay manos puras, no las hay inocentes, tampoco espectadoras, sino la construcción común de

los caminos, la asunción de una responsabilidad compartida a la medida de la historia.

Es en este sentido que sólo son útiles los liderazgos que *mandan obedeciendo* (principio zapatista), conscientes de que nadie puede sustituir la voluntad popular, tampoco dirigir ni manipular dignidades, sino servirlas, satisfaciendo sus necesidades humanas incumplidas. La masa no contiene toda la fuerza del proceso como piensa el populismo, que vacía (Laclau) al pueblo de todo contenido para, llegado el momento, arrojarlo contra las elites. Nada más alejado de la pedagogía liberadora de Paulo Freire o del intelectual orgánico de Boaventura de Sousa Santos, quienes bajo diferente vestimenta hablan del acompañamiento crítico hacia una perspectiva de liberación. No hay manejo de las interpretaciones populares sino aprendizaje y responsabilidad compartidas con nos-Otras (las víctimas).

La presencia de los movimientos sociales juega un papel clave a la hora de formular de manera explícita, lingüística pero sobre todo activamente, dichas reivindicaciones. "No suman toda la población que constituye el pueblo, [que] es mucho más, pero (…) son [su] conciencia en acción política transformadora (en ciertos casos excepcionales, revolucionaria) (…). Son el tejido activo intersticial que *une* y permite hacerse presente como *actor colectivo* (…) al bloque social de los oprimidos y excluidos" (Dussel, 2015: 232).

El pueblo no es, en este primer sentido, la totalidad de la comunidad política, sino un sector dis-tinto de dicha población. En concreto, un *actor* (la presencia de un actor pasivo caería en el

oxímoron) colectivo (ni omnipotente ni infalible), caracterizado por lo *popular* frente a lo *populista*, desviación esta última que toma la parte por el todo, la experiencia de los oprimidos como la extrapolación de una nación a la que manejar por el mero hecho de ser *nacida* en un territorio organizado bajo la estructura institucional de un Estado concreto.

En segundo lugar, al pueblo tampoco se lo puede confundir con la categoría de clase (ni con su concreción en clase obrera). El campo político no debe quedar subsumido por el económico. En circunstancias concretas, la clase obrera puede no sólo no ser la última instancia, sino ni siquiera el punto de inflexión fundamental. Basta con recordar las revoluciones china (apoyada principalmente en los campesinos), sandinista (en una elite de la pequeña burguesía) y cocalera (en sectores indígenas). Y en todo caso, el pueblo no es un sujeto (substancia metafísica convertido en "sujeto histórico", a modo del demiurgo), es una colectividad intersubjetiva de fronteras *líquidas* (Bauman) y errantes.

Clases y pueblo. Pueblo y clases. Las clases no son el pueblo y el pueblo no es las clases. La de clase es una categoría menos ambigua, en cuanto hace referencia a un grupo más o menos estable de personas que cumple una función determinada por el proceso productivo y sus divisiones del trabajo. Las clases giran en torno a relaciones de dominación *inmanentes* a una Totalidad concreta, a un sistema tributario o capitalista, socialista u otros. "Cada tipo de relación social determina distintas clases sociales en cada sistema" (Dussel, 1986: 94). Se trata de una cuestión que ya fue planteada por los griegos y que adquiere una dimensión

superior con Marx, quien la toma como instrumento de análisis económico-político a partir de la *lucha de clases*.

Marx distinguía seis clases en la Europa del siglo XIX: la burguesía (que incluía la financiera además de la industrial y comercial), los grandes terratenientes, la pequeña burguesía, la clase obrera, el *Lumpen Proletariat* y los campesinos parcelarios. Años más tarde, a comienzos del siglo XX, Max Weber complementó esta clasificación con una estratificación social gradual, en la que se pueden subir y bajar unos escalones hasta entonces vistos como compartimentos contrarios: si bien sitúa la propiedad económica como base de las diferencias entre clases, no la otorga el papel histórico (y estanco) que las reserva Marx. Weber confía en categorías intermedias, lo que la sociología bienpensante llama "clases medias", tal vez para alejar el fantasma de un antagonismo que derive en violencia. La continuación del siglo XX pareció dar la razón a Weber en el centro (que no en las periferias), si bien la crisis del siglo XXI desmonta su teoría con la precarización y el estrangulamiento, muchas de las veces a base de apretarse el cinturón, de dichas clases medias en Europa y Estados Unidos.

La posterior evolución del capitalismo invita a preguntarse por la paralela transformación de las nociones que forman parte de este entramado. Marx argumentó su teoría en un contexto en el que "proletariado", "obrero" y "asalariado" eran sinónimos. La base inicial la estableció la primera revolución industrial, sobre el empuje que infringió la máquina a vapor tanto en el sector textil como en el siderúrgico y en el ferroviario. Pero la progresiva especialización del empleo, la estratificación de los puestos de

trabajo y la diversificación de las actividades que actualmente dan lugar a una producción material e inmaterial de productos y servicios hace añicos aquella antigua equivalencia de significados. La segunda revolución trajo, de la mano de la electricidad y el motor de explosión implementados en las áreas química y automotriz, la especialización del taylorismo, en el que por primera vez la persona dejaba de controlar los tiempos de producción para formar parte de una cadena. Desde hace algunos años, la tercera revolución productiva, la de la automatización y la informatización, junto con la virtualización y tecnologización postreras, difumina los límites y complejiza los perfiles de empleados, técnicos y comerciales, cuando no robots o cyborgs.

Cada gran transformación técnica provoca un doble movimiento de diferenciación y unificación. Pero, ¿es tal el abismo entre el obrero de una fábrica y la cajera de un supermercado? El futuro parece bosquejar la categoría de un trabajador por cuenta propia, sentado frente al ordenador de su casa bajo la modalidad de teletrabajo, en un ambiente laboral controlado hasta el más mínimo detalle, incluso en su esfera más íntima, a través de innumerables aplicaciones. ¿Alejamiento de las condiciones del trabajador clásico o perfeccionamiento del panóptico? "Más allá de condiciones similares y una subordinación (…) al empleador, la constitución como clase social dependerá esencialmente de la capacidad de lucha colectiva (…) y de la conciencia que ésta conlleva" (Harribey, 2008: 60).

Aunando ambas confusiones, la del pueblo a modo de comunidad política y la de aquél como *paciente* social limitado

por el modo de producción, el análisis marxista se ha visto superado como etiqueta analítica aplicada al estricto ámbito de un país. Las clases, en tanto que atadas a la dependencia de la dominación y su binomio dominador-dominado, se han vuelto equívocas, sujetas a intereses contradictorios. Sucede por ejemplo que la lucha de una oprimida del centro (los astilleros en el Estado español) puede ser contraproducente para otra clase oprimida de la periferia (los trabajadores de la empresa que, hasta el acuerdo entre aquellos astilleros y su patronato, tenían asegurado su empleo en Grecia). Por ello y de forma paulatina, la categoría "pueblo" cobra especial relevancia sobre la de "clase".

El pueblo no se agota en los esquemas economicistas clásicos. Mientras que la clase es una categoría analítica que obedece a criterios principalmente económicos, al pueblo con frecuencia no se le considera una categoría interpretativa. Se antoja empero útil para interpretar la existencia histórica en términos de dependencia y liberación. El pueblo es anterior y exterior al capitalismo. Es anterior en cuanto *nadies* (Galeano) empobrecidos por la disolución de sus modos de apropiación antiguos, en dependencias económicas pero también históricas, políticas, culturales, de género y religiosas. Y es exterior en cuanto periferias dependientes y dominadas por un sistema desigual que las reprime, desde un centro situado en Estados Unidos y con intermitencia en Europa, en Japón y en Canadá, pero también en los centros que imitativamente reproducen los sures.

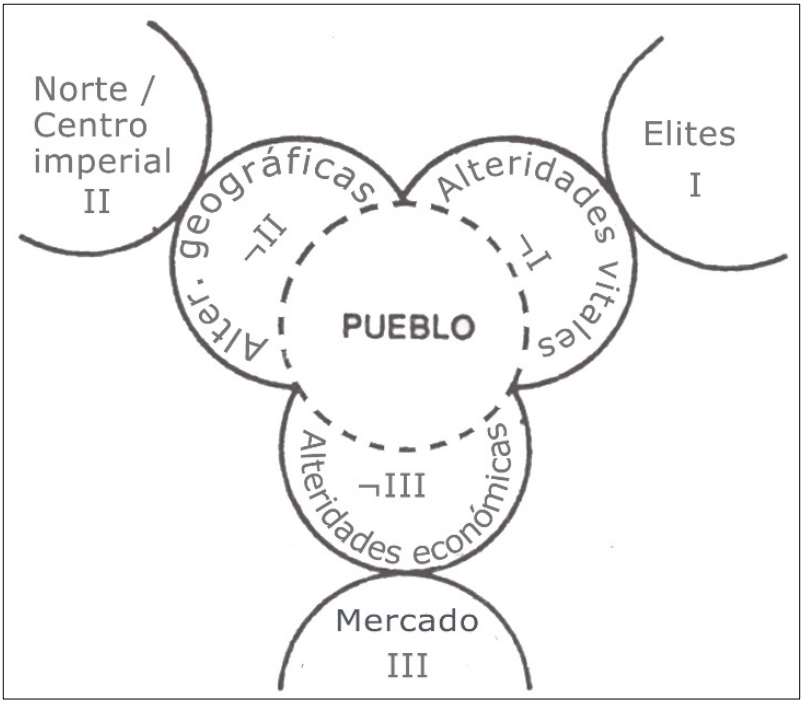
Desde estas aclaraciones, el pueblo tiene tres opuestos principales y, según la naturaleza de éstos, tres experiencias o significados

prácticos: el primer antónimo del pueblo son las elites (semicírculo I de la Figura 1), los antiguos burgueses, que a una posición económica boyante añaden un estatus social elevado, dos pilares sobre la que sustentan su posesión material e incluso personal (cosificadora en su opción más injusta), sea en forma de asalariados (el gerente de una transnacional), sea en forma de súbditos (el sistema monárquico), sea en forma de fieles (el estamento eclesial), sea en forma de votantes (el aparato político), sea en forma de dominación de género (el patriarcado). Estas elites tienen enfrente a un pueblo realizado a través de las alteridades vitales (semicírculo ¬I).

En segundo lugar, ante el pueblo está el Norte/Centro imperial (semicírculo II), traducido de forma directa en la invasión militar de un país extranjero y, de forma indirecta, en la cooperación al desarrollo que reparte por los sures el Norte mientras expande sus esquemas. El pueblo se opone en forma de alteridades geográficas o periferias (semicírculo ¬II), con frecuencia convertidas en nación de identidades arrojadizas por elites locales populistas (la *glocalización porosa* pone en jaque este binomio).

Como tercera oposición, el pueblo tiene al Mercado (semicírculo III), que de tan libre se ha convertido en un ente personificado desde que, con Adam Smith, camina por encima de la humanidad a modo de fetiche deificado. La contraposición a este Mercado son las alteridades económicas (semicírculo ¬III*)* que apuestan por otros modelos, desde el cooperativismo al colaboracionismo, pasando por el decrecimiento y hasta cosmovisiones indígenas en torno al Buen Vivir.

Figura 1



Opuestos del pueblo. Fuente: elaboración propia, desde Dussel (Dussel, 1977: 212).

Estas tres *oposiciones* del pueblo comparten su exterioridad. Si en el sistema hay un opresor (círculo A, en la Figura 2) es porque éste tiene un oprimido (elipsis B), al que puede llamarse "pueblo". Convertido en *paciente* social, el pueblo queda alienado y, en cuanto tal, está permeado por el sistema. De esta forma, la huelga que protagoniza con el objetivo de tener un aumento de salario y mejores condiciones laborales es automáticamente desconvocada si, a través de una negociación

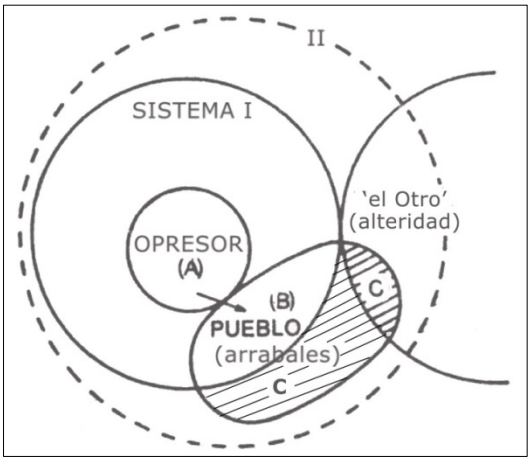
con los empresarios, consigue un porcentaje concreto de sus peticiones: cesa la presión (al menos temporalmente), al tiempo que el valor supremo del sistema (la máxima ganancia) sale fortalecida en su interior.

Pero el pueblo es también Otro que el sistema (área C); desde su exterioridad no intenta ser el dominador del sistema (círculo I), y tampoco se conforma con renovarlo, sino que pretende *nuevos* proyectos. Sus anhelos de cambio son paralizados por el dominador (círculo A) de lo Mismo (círculo I), que por naturaleza pretende conservar la Totalidad fruto de un pretérito que le aupó al poder. El futuro es del oprimido como exterior al sistema, de quien nada tiene que perder porque nada tiene, a secas. Por eso las víctimas tienden de forma natural hacia nuevas proyecciones (circunferencia proyectada II) en las que recuperen dignamente su ser (frente al no-ser). Por eso los procesos de liberación ponen en jaque la hegemonía del sistema vigente, pretendidamente eternizado a modo de divinización.

Frente al riesgo del populismo que promete al pueblo recuperarlo todo siguiendo determinadas directrices, es preciso distinguir entre lo peor que tiene el pueblo como introyección en el sistema (área B) y lo mejor que alcanza desde las exterioridades (área C). Pueblo sería entonces el plural de empobrecidas (remarcando ese femenino plural), *desde*, *en* y *a través del* nos-Otras (las víctimas) concienciadas y empoderadas, en camino hacia procesos de liberación, partiendo de momentos previos de debilitamiento de las estructuras mayúsculas.

Las víctimas aisladas no son el pueblo, que tampoco es la Totalidad del sistema. Su radicalidad es la exterioridad escatológica compartida. El pueblo da lugar a aterrizajes varios, pero se condensa en los oprimidos (precariado, inmigrantes, mujeres) como intersubjetividad colectiva que excluye a los presores; está entonces formado por los sufrimientos de dominadas y también por quienes sólo esporádicamente cumplen funciones de clase (colectivos marginales, etnias, tribus, etc.). No se siente identificado con el sistema y, *de facto*, de muchos modos está *afuera* (área C), en sus alteridades y futuros. La raíz del pueblo no es su alienación (área B) sino lo que permanece exterior a lo Mismo (área C), consciente de sus otras tradiciones, sus otras lenguas y sus otras culturas, consideradas por el sistema vestigios del pasado, dialectos exóticos cuando no analfabetos y expresiones folclóricas, respectivamente.

Figura 2



El pueblo en el sistema. Fuente: elaboración propia, desde Dussel (Dussel, 1977: 213).

Este sentido de "pueblo" es el que interesa principalmente para una reflexión desde las periferias. Sin embargo, un pueblo que tiene inyectado en su propio seno la ideología de los dominadores, comportándose como pueblo-oprimido, pueblo-dominado, pueblo-sufriente (con hambre, desnudo, sin hogar, dolorido, torturado e incluso asesinado), es una multitud negada por la (lógica de la) Totalidad; su experiencia *cotidiana* es la de una *praxis* imitativa y complaciente, que reproduce el sistema dominador hegemónico; es la opción resignada, alienada y consumista. Pero este pueblo-masa incluye en sí mismo la potencia del pueblo-revolucionario, constructor de la historia, que aboga conscientemente por su dignidad. Su salida *excepcional* es la *praxis* de liberación, que se pone en marcha cuando el pueblo-multitud se hace consciente, se auto-responsabiliza, se pone en pie y se rebela contra las estructuras injustas y desiguales que le oprimen.

Mujeres, juventud, tercera edad, pero también obreros, indígenas, prostitutas, exiliados, el servicio doméstico y la esclavitud, siervos, sin-derechos-ni-papeles, migrantes, presos. La formación ético-social que mejor aúna a las víctimas es la de pueblo, en sus diferentes *experiencias*: como *quinientoseuristas* en Madrid, como afro-americanos en Nueva York, como hispanos en Los Ángeles, como mujeres en México DF, como niños en las calles en Bogotá, como ancianos en París, como marginales en Quito, como emigrantes en el Alemania, como exiliados en Buenos Aires, como obreros en Moscú, como prostitutas en Manila y como campesinos en la China rural. Tales vencidos no han sido definitivamente derrotados; han sobrevivido a pesar del

olvido y, como demuestran irrupciones silenciadas como la de las llamadas "revoluciones indígenas", están pendientes del des-encubrimiento de sus dignidades.

El pueblo es una categoría socio-política de vidas plurales, y no sólo una parte de un sistema económico abstracto. El pueblo como dominado es masa, de la que también se aprovechan los populismos; como exterioridad es reserva escatológica, en la que se sumerge la liberación de las filosofías; como revolucionario es hacedor de intrahistorias y guionista de una Historia, la de los seres *humanos*.

Bibliografía

BAUMAN, Zygmunt (2015) *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*, trad. P. Hermida, Barcelona, Paidós.

DUSSEL, Enrique (1977) *Filosofía ética latinoamericana 6/III. De la erótica a la pedagógica*, México D. F., Edicol.

DUSSEL, Enrique (1986) *Ética comunitaria*, Madrid, Paulinas.

DUSSEL, Enrique (2015) *Filosofías del Sur: descolonización y transmodernidad*, México D. F., Akal.

FANON, Frantz (2014) *Los condenados de la Tierra*, trad. J. Campos, México D. F., Fondo de Cultura Económica.

FREIRE, Paulo (2002) *Pedagogía del oprimido*, trad. J. Mellado, ed. P. Freire, Madrid, Siglo XXI.

HARRIBEY, Jean-Marie (2008) *Primer diccionario altermundista*, trad. J. Bucci, Buenos Aires, ATTAC - Le Monde diplomatique.

GALEANO, Eduardo (2009) *Patas arriba: la escuela del mundo al revés*, Coyhaique, Sombraysén.

SANTOS, Boaventura de Sousa (2010) *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, trad. C. Morales de Setién et al., Montevideo, Trilce.

SMITH, Adam (1988) *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, trad. J. C. Collado, A. Mira-Perceval, Barcelona, Oikos-Tau.

VATTIMO, Gianni (2010) *Adiós a la verdad*, trad. M. T. D'Meza, Barcelona, Gedisa.